sido en otro tiempo, más que una ninfa, el gran nombre de Dios.

El carácter inspirador de las *carmenæ* dió margen á que se atribuyese á una de ellas, Egeria, la inspiración de Numa. ¿No inspiraban ellas también á los poetas, *carmentes?*

AJUS LOCUTIUS.

Otra forma de espiración divinizada se encuentra en el viejo dios *Ajo*, cuyo altar á la salida del bosque de Vesta, rodeado de un recinto sagrado, existía aun en tiempos de Cicerón y Tito Libio. Se le llamaba Ajus *Locutius*, ó Ajo parlante, y presidía las primeras palabras que pronunciaba el niño. Este carácter es altamente significativo en *Aj-us*, pues parece indicar el origen del lenguaje por la espiración, revelando la primitiva tradición, mejor guardada en Roma que en ninguna otra parte. Se decía, que una vez, este dios había denunciado en voz alta, á Marco Cœdicio, que pasaba por el sitio en que después se edificó su santuario, la llegada de los galos, y que por eso se le llamaba *loquens*. Sea lo que quiera, *Aj-us* es uno de los primitivos y antiguos dioses del Lacio, y su sencillo nombre *Aj*, más simple y natural que el de *Jan*, es, á no dudar, seguramente, el primer nombre de Dios y la primer palabra que labios humanos pronunciaron. Por eso preside al primer balbuceo del niño, como desató la lengua del hombre primitivo. Es admirable, que la primer palabra y el primer nombre de Dios sean una cosa misma.

---

# EL ORIGEN DEL LENGUAJE.

En este cuadro general de nombres divinos, que acabamos de presentar, abarcando todos los tiempos y todos los paises, nuestros lectores no habrán dejado de notar la adecuación exacta, perfecta, infalible, de la palabra que constituye el nombre del Dios y de la idea religiosa que con ella se quería expresar. Es esta constante y perpétua coincidencia, la mejor prueba de la verdad del método, y lo que mejor hace comprender, cuán extraviada, sin rumbo, sin objeto y sin plan, había ido hasta ahora la etimología, á pesar de los grandes esfuerzos de hombres eminentes y de la inmensa erudición por ellos desplegada.

Casi ninguno de los grandes problemas míticos y lingüísticos, había podido, en efecto, ser resuelto por el antiguo sistema, circunscribiendo la comparación á una sola familia de lenguas; y á pesar de la luz que la onomatopeya del soplo arrojaba sobre esta clase de estudios, la preocupación era tan grande, y la importancia de la raíz fué tan mal comprendida, que no produjo los resultados que eran de esperar. Aparte de algunos mitos secundarios, de luz, descubiertos por Max Muller, que quedó ofuscado, creyendo poder ele-

var á sistema general, lo que no era más que una simple consecuencia, puede decirse que, la mitología quedó tan incomprensible como siempre.

Es cierto que *Kuhun* atinara también, á explicar medio satisfactoriamente, una parte de los mitos que él llamaba del fuego, pero quedaba siempre un elemento irreductible, rebelde á toda interpretación y que era precisamente la clave, no sólo de la mitología, sino de la lingüística; toda la inmensa ramificación mítica y vulgar, producto de las infinitas ramificaciones de la onomatopeya *er* ó *ber*. Es este descubrimiento, cuya importancia científica no podemos encarecer nosotros, el llamado á abrir nuevos y anchurosos senderos á la investigación.

Se ha visto ya, en la primera parte de este libro, cuantas relaciones han llegado á expresarse, partiendo sólo del trabajo operado por la asociación de ideas sobre la onomatopeya del soplo; la complicación evolutiva es mucho mayor, sin embargo, con la onomatopeya del calor. Nosotros hemos presentado algunos cuadros que prueban sus combinaciones; mas, pudieran presentarse otros muchos; y un libro que ofreciese, en todas las lenguas conocidas, la filiación de esta raíz, sería lo más curioso y útil, en el actual estado de la ciencia, por los muchos misterios que podría aclarar.

Puede decirse que la etimología no ha sido hasta ahora más que una simple comparación, y es común entre sabios todavía, tomar un término paralelo semejante por un origen. Cuando pueda estudiarse bien un grupo de palabras, es decir, hacer toda su historia, se verá cuántos errores ha habido en la etimología.

En la suposición de que este libro no habrá de ser leido más que por personas instruidas, nos hemos abstenido de mayores desenvolvimientos, dejando á la



inteligencia del lector el cargo de sacar las deducciones, y limitándonos á fijar los grandes puntos de vista que pueden servir para marcar el camino á los futuros exegetas, más versados seguramente que nosotros en los detalles de la ciencia. Iniciamos un método y lo preconizamos bueno, por los resultados que nos da; pero acaso, preocupados con lo grande de la investigación, nos haya faltado regularidad en la exposición metódica de las apreciaciones y los hechos. Pedimos disculpa en gracia de la transcendencia del descubrimiento.

Antes de saber el significado y la evolución de los nombres míticos, era imposible explicar exactamente los mitos, porque la asociación de ideas no podía ser seguida, faltando los términos de enlace de la analogía; mas de ahora en adelante, la mayor parte de las dificultades de interpretación podrán salvarse de un modo más fácil y seguro; sobre todo, los grandes mitos primordiales quedan resueltos ya.

Como la mayor parte de los mitos secundarios y de las cualidades atribuidas á los tipos divinos, son productos de la confusión de algunas de las formas que los nombres de los dioses han tenido, en sus evoluciones, con las palabras vulgares ó términos paralelos de distinto significado en las diferentes lenguas por las que han tenido que atravesar, perdidas ya, ó desconocidas muchas de ellas, es preciso renunciar decididamente, al menos por ahora, á explicarlo todo; pero llegará un día en que, con este método y los adelantos y progregresos de la lingüística, se verá claro el, hasta hoy, inextricable tejido de los mitos. Entre tanto, con los datos que el estado actual de la ciencia proporciona, puede ensayarse la interpretación de una gran parte de ellos, contando ya con una base firme. Todo cuanto se ha hecho hasta ahora, buscando aproximacio-

nes en cualquier lengua, y forzando el sentido de las palabras para ponerlas de acuerdo con los nombres míticos, es hacer mérito de una erudición, las más de las veces inútil por carecer de plan, y no conseguir nada, porque una semejanza no hace prueba.

Pero este resultado, por satisfactorio que parezca, habiendo facilitado la interpretación, y descifrado misterios que habían llegado á creerse irresolubles, no es más que una pequeña parte del gran problema que no podía resolverse por falta de datos, y que desde ahora, se ofrece despejado, presentando su mal velada incógnita. Nos referimos al origen del lenguaje.

Max Muller merece bien de la ciencia por su fe. Su *Festina lente*, pero *Festina*, *Festina*, *Festina*, debe ser el lema de todos los que por el progreso humano se interesen.

Cuando Bopp quiso encontrar formas sanscritas ó aryanas en las lenguas malayo polinésicas, se supuso que podía haberse equivocado; pero Max Muller repitió su estribillo: *Festina;* y nosotros hemos visto, cuánto se parecen las tradiciones y los dioses polinésicos á los egipcios y aryanos, ¿por qué no se habría de parecer su lenguaje?

Todos los millares ó millones de palabras aryanas, europeas y semíticas, se ha dicho que pueden reducirse á menos de quinientas raices. Todo lo demás es añadido después de la separación, en un pasado antehistórico, y anterior á las raices trilíteras de las lenguas semíticas.

Es claro, que ese período de las quinientas raices supone ya una gran ramificación en el lenguaje, y un estado heterogéneo y complejo que no es el del origen.

¿Se quiere que esas quinientas raices hayan sido inventadas de repente por la primer pareja humana, expresando ya perfectamente sus ideas con ellas?



Tanto valdría volver otra vez al origen, directa y completamente revelado, del lenguaje. Sería caer de nuevo en el error vulgar de que los hombres empezaron por dar nombre á las personas y á las cosas.

No; el origen del lenguaje no se encuentra todavía en esas quinientas raices.

La raíz ha tenido que existir por sí misma antes de llegar á la flexión; antes de verse rodeada de subfijos y desinencias. «Preguntar si una lengua pudo empezar por flexión, ha dicho Bunsen muy bien, es un absurdo.»

Todos los hombres de ciencia están hoy de acuerdo en admitir, que toda estructura de lenguaje ha comenzado por la creación de las raices.

Bopp, Max Muller, Heisse, dicen lo mismo: «Ha debido necesariamente haber, *antes que el lenguaje tomase la forma gramatical*, un estado en que no se compusiera más que de raices (1).»

La concepción genética de la vida del lenguaje es lo que distingue la nueva lingüística de la antigua, que no se concretaba más que á una simple estadística, ó á una clasificación sistemática de los fenómenos del lenguaje.

En la cuestión de método no hay acuerdo aún. Schleicher y Max Muller opinan que el lenguaje es como una ciencia natural. Steinthal cree que no, porque la sintaxis, el origen, la fijeza y ramificación de las palabras y sus acepciones escapan al método natural. Es cierto que en la idea de analogía hay mucho de moral y extraño á las leyes naturales, lo mismo que en la tendencia á la diferenciación; por ejemplo: la raíz *er* que se hace *ar*, *or*, *ur*, y da lugar á diferen-

(1) Heisse. System. der Sprachwisenschaft.

tes significaciones; pero, por más que existan estas diferencias, el método en lingüística no puede ser otro que el de las ciencias naturales, porque las semejanzas son mayores.

Es preciso considerar el lenguaje como ciencia natural y como ciencia histórica al mismo tiempo, á pesar de Max Muller que niega esto último.

Ahora; si el lenguaje, como todo en el mundo, tuvo su principio, ¿cuál pudo ser éste?

La ciencia ha llegado como hemos dicho, á señalar un período en que los antepasados de los aryas y de los semitas vivieron juntos. Fürts, Delitzsch y otros lo sostienen y prueban, afirmando que hablaban en común una misma lengua rudimentaria, análoga á la lengua china y cuyos elementos se encuentran en las raices bilíteras del hebreo. Renan asegura que en efecto, éstas ofrecen las aproximaciones más aceptables con los idiomas indo-europeos. Por otra parte, los hebreos suponían siempre, en sus etimologías, raices bilíteras; prueba de que suponían las trilíteras más modernas; como ejemplo, en la de *manne*, el *maná*, que tenían la creencia de llamarlo así, por haber gritado los Israelitas al verlo: «¿Qué es esto?» La etimología de *Abraham*, *(A-bero-ham)* por nuestro método, puede dar luz sobre esto, y Mr. Renan no tendrá ya que molestarse en recurrir á la glosa, siguiendo el sistema de Platón en el Cratilo.

Se supone que las dos razas se separaron antes de la formación ó desenvolvimiento completo de las raizes y antes de la aparición de la gramática. De modo, que se confiesa, que al principio, no había más que raices.

Esta clase de sonidos no podían ser inventados más que por imitación de los sonidos naturales; luego las primeras palabras, monosílabos de que el hombre se



sirvió para expresar alguna idea, fueron, tuvieron que ser por precisión, onomatopeyas.

Que el acento las distinguiese luégo; que pasasen á ser verbos simples ó pronombres simples; y más tarde por individualización de sentido, por combinaciones llamadas derivación y composición, saliesen los nombres sustantivos y adjetivos, los verbos conjugados, los adverbios, las conjugaciones, etc., no hace al caso; todo esto es secundario y producto de la evolución; los datos han de sobrar para estudiarlo.

La que se presenta siempre misteriosa es la cuestión de origen.

Tenemos, pues, las onomatopeyas acentuadas, como el más antiguo período indudable del lenguaje, que ha sido posible vislumbrar. Pero la inducción no puede conformase con eso. La evolución supone algo, más simple y homogéneo todavía. La primer pareja humana que rompió á hablar, no pudo tener más que una onomatopeya sola, la más natural, la más sencilla: el soplo, la respiración; con ella empezó á expresar su personalidad; sus sucesores, luégo, todas las otras ideas que hemos estudiado ya.

¿En qué estado de progreso lingüístico se encontraba el hombre, cuando inventó, admirado, la onomatopeya del calor en el hervor del agua? No es posible saberlo á punto fijo; pero debía ser bien escaso, á juzgar por la extensión inmensa que adquirió esta onomatopeya. Teniendo en cuenta lo que pasa en la naturaleza, si hubiera en aquel tiempo muchas otras raices, ella, la más nueva y débil, se hubiera probablemente extinguido en la lucha por la vida.

Para adquirir el incremento que tuvo, preciso fué que estuviera bien poco acompañada. Ella se impuso desde luégo, de un modo natural, para expresar las ideas de fuerza, animación ó producción y vida,

combinadas; acentuada y pronunciada después de mil maneras, y exten

en el trueno y en la tempestad, la vecindad de un poder superior, y en el perfume de las flores, y en los tibios álitos de la brisa, un ser amable que se acerca á nosotros (1)?»

No engañó al gran pagano su instinto poético, y este pensamiento suyo encierra una gran verdad.

Sí, tiene razón Goethe; esas manifestaciones del espíritu: el soplo, el aire, la tibia brisa, el álito, el calor, el rayo, el fuego, han hecho y harán siempre sentir la presencia de ese poder superior, cuyo nombre definitivo, en todas las lenguas humanas, está formado por las onomatopeyas de los mismos fenómenos.

Son estos dos monosílabos del soplo y del calor, los primeros y sagrados sonidos de la palabra humana, y el origen de todas las mitologías, teologías, religiones y lenguas.

La gran ley de la unidad de los mitos queda, pues, formulada, y el origen del lenguaje, descubierto.

---

(1) Obras de Goethe. Hachete, T.o 1.o